

**UNA LITERATURA PARA UN NUEVO ESTADO:
LA EDITORIAL COSTA RICA Y LA CRÍTICA LITERARIA EN 1950-1980**

Diana Rojas Mejías
Universidad Nacional

Introducción

Este capítulo explica la dinámica del campo literario costarricense durante 1950-1980 desde dos agentes claves, la Editorial Costa Rica (ECR) y la crítica literaria. El periodo inicia en 1950 debido al surgimiento de acontecimientos significativos en el campo literario y cultural como la publicación de la primera historia de la literatura costarricense (en 1957) escrita por Abelardo Bonilla Baldares y la creación de la primera editorial pública (ECR, propuesta desde 1955); y termina en la década de 1980 porque la crisis económica impactó la administración de la ECR y las editoriales privadas establecieron nuevas condiciones en el mercado literario.

La crítica literaria se analiza con base en las publicaciones de la época y, principalmente, en los artículos de prensa. El estudio se centra en los postulados de figuras como Bonilla quien ejerció como periodista, profesor (de Literatura, Historia y Derecho), autor (de la *Historia de la literatura costarricense*), miembro-redactor de la Constitución Política de 1949, diputado (1949-1953), vicepresidente (1958-1962) y premio nacional en ensayo (1967), entre otros. También incluye personajes como Alberto Cañas Escalante quien se desempeñó como abogado, profesor (Estudios Generales, Comunicación Colectiva y Artes Dramáticas), columnista, embajador en la ONU (1948-1949), viceministro de Relaciones Exteriores (1955-1956), ministro de Cultura (1970-1974), fundador de la Compañía Nacional de Teatro (1971), presidente de la ECR (1974) y premio nacional en cuento (1965 y 1980), comunicación cultural (1964) y cultura (1976), entre otros.

En este conjunto de críticos, igualmente, se contempla a León Pacheco Solano quien fue profesor (de Literatura, Estética e idiomas), periodista, ensayista, autor de libros sobre enseñanza de la literatura universal (*Lecciones de Literatura*) y premio nacional en ensayo (1965) y cultura (1972). Adicionalmente, se tomó en cuenta a Alfonso Chase Brenes quien destacó por su papel como escritor, autor del segundo estudio sobre la historia de la literatura costarricense (*Narrativa contemporánea de Costa Rica* en 1975), académico en la Universidad Nacional, director del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura

CAPÍTULO II

(1971), fundador del Instituto del Libro (1982-1984), presidente de la ECR (1987) y premio nacional en poesía (1967 y 1995), novela (1968 y 1995), cuento (1975), en literatura infantil y juvenil (1978), ensayo (1986), comunicación cultural (1987) y cultura (1999). Así mismo, las personas lectoras encontrarán otros nombres que aparecen con menor recurrencia como Mario Fernández Lobo y Álvaro Porras Ledesma autores de libros de texto para la enseñanza de la literatura; escritores que serán objeto de estudio como Carlos Luis Fallas Sibaja, Adolfo Herrera García y Fabián Dobles Rodríguez; el escritor, actor, director y crítico teatral Carlos Catania; los escritores Jorge Charpentier García y Alfredo Cardona Peña; el periodista Enrique Trovar; y el académico Mario Flores Macal, entre muchos otros.

Para llevar explicar los imaginarios que esta crítica construyó sobre la literatura costarricense, el capítulo responde a tres preguntas. La primera de ellas, ¿qué se entendía por literatura costarricense en 1950-1980?, tiene la intención de comprender las definiciones del concepto y su asociación con los rasgos nacionales. De esta conceptualización, se coloca el foco en los períodos de origen asignados por la crítica (finales del siglo XIX-principios del XX y la década de 1940), las autorías representantes de esta literatura nacional (Aquileo J. Echeverría, Manuel González Zeledón (Magón), Joaquín García Monge, Herrera, Fallas, Dobles y Joaquín Gutiérrez Mangel), las relaciones entre estas generaciones (narraciones del mundo rural) y sus diferencias (narraciones del conflicto social).

La segunda pregunta, ¿por qué se funda la ECR?, tiene la pretensión de esclarecer el contexto político de su aparición. En este apartado se informa sobre el cometido de divulgar obras impresas en el exterior y su vinculación con las políticas culturales del Estado. Con esta argumentación y, desde la pregunta anterior, se busca destacar que la institución jugó un papel significativo en la divulgación de imaginarios nacionales, a través del texto, en una época de posguerra y promoción de un nuevo modelo de Estado. Se identifica, también, que su principal actividad se concentró en las décadas de 1960 y 1970 y, luego, pierde capital simbólico por la incapacidad de atender las demandas, los retrasos en las publicaciones y las dificultades para reponerse a la crisis económica.

La tercera pregunta, ¿cuáles eran los límites de la literatura costarricense y de la institucionalidad literaria?, propone que existió, por momentos, una resistencia a la filiación política de las autorías de la década de 1940 porque, desde la prensa, se pronunciaron cuestionamientos hacia la ECR por publicar comunistas. Como contra respuesta, la editorial declaró la diversidad ideológica del Consejo Directivo, su posición neutralizadora y el

CAPÍTULO II

reconocimiento previo de estos escritores en otras instancias. De esta manera, observamos que, en la aceptación de una obra, por ejemplo, la Fallas, entraron en juego distintos valores como: la posteridad, el ingreso de nuevos miembros en el Consejo, el comercio con mercado socialistas y la inclusión de su obra en programas educativos.

¿Qué se entendía por literatura costarricense en 1950-1980?

En este período, el concepto de literatura costarricense jugó un papel muy importante para definir los rasgos nacionales o, en otras palabras, los prototipos de la sociedad costarricense. Era común que se le atribuyera a la literatura el cometido de ser “la expresión espiritual de los pueblos”, “el necesario sentimiento nacional de un pueblo”, “el alma nacional” y el “hacer la Patria” (Anónimo, 9 de noviembre de 1957; Fallas, 24 de abril de 1956). Desde este punto de vista, observamos que estas aseveraciones se pronunciaron con un tono patriótico-político que puso el acento en las fechas, los emblemas y los héroes de las patrias nacies que requerían nuevos símbolos y sentimientos nacionales para su formación (Carrilla, 1975). Estas expectativas, la de la función de la literatura en un país, las comprendemos en el contexto más amplio de un Estado que requería ser construido después de una guerra civil (1948), pues en el campo jurídico y político había creado una constitución, órganos constitucionales e instituciones autónomas y, en el campo cultural, también demandaba un imaginario social que lo legitimara.

A partir de esta relación, proponemos que en esta etapa histórica la crítica literaria tuvo el poder de resignificar los sentidos. Es decir, como apuntamos en la introducción, estos intelectuales eran parte del campo literario que construían (como escritores y críticos a la vez), tenían cargos en la administración pública de la cultura, habían obtenido capital simbólico con los galardones e influían, como docentes o autores, en la enseñanza de la literatura. En ese sentido, su trayectoria, sus creaciones, sus distinciones y sus vínculos con la política les dio acceso a la elaboración de imaginarios que, para nuestros efectos, los entendemos como “valoraciones ideológicas” e “imágenes identitarias” (Ugas, 2007) que tuvieron la labor de representarnos como colectividad.

Según lo explicamos a continuación, identificamos 3 ideas generales que, de acuerdo con la crítica periodística y las publicaciones del período, caracterizaron a la literatura costarricense pero que, es necesario aclarar, reprodujeron los mitos de la pasividad, la democracia rural, la vallecentralidad y la pequeñez intelectual. Estas ideas fueron:

CAPÍTULO II

1. El nacimiento de la literatura se ubicó a finales del siglo XIX y, en un segundo momento, en la década de 1940.
2. El realismo se consideró como la estética predominante y la novela como el género de su expresión.
3. La literatura se definió como una creación modesta producto de un ambiente y una historia pasiva.

De acuerdo con estos preceptos, un primer origen de la literatura se ubicó a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Se partió de esta temporalidad porque para la crítica la literatura nació cuando nuestro país experimentaba sucesos significativos como la aparición de los periódicos, las librerías y las imprentas; el auge cafetalero; las reformas educativas y la formación académicas de jóvenes intelectuales fuera del país (Bonilla, 1957; Cañas y Catania, 1972; Chase, 1975). Según esta lógica, era como si la existencia de grandes acontecimientos de tipo económico, político o cultural explicaran el desarrollo del pensamiento y, en consecuencia, de la literatura.

Es por esto que, para la crítica, el segundo nacimiento de la literatura se ubicó en la década de 1940. Para entonces, se fundaron espacios de creación intelectual (como el Centro de Estudios para los Problemas Nacionales, la Universidad de Costa Rica, revistas y suplementos culturales), se promulgó legislación social y se implementó el reformismo socialdemócrata (Chase, 1975; Herrera, 16 de marzo de 1974), los cuales permitieron comprobar la idea de que la aparición de grandes obras (“los clásicos”) se correspondía con grandes etapas de la historia, por lo general, vinculadas con la formación del Estado-Nación.

Sobre estos orígenes de la literatura costarricense, uno de los representantes de la crítica literaria, Pacheco, explicó que:

No fueron sino los hombres que nacieron poco después de terminada la Campaña contra los Filibusteros, y que alcanzaron su madurez hacia 1890, quienes iniciaron una auténtica literatura nacional que en la prosa cristalizó en los *Cuentos* de Magón y en el verso en las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría... Tendrían que transcurrir muchos años para que en Costa Rica apareciera una generación de escritores narrativos, concretamente novelistas... [La generación del 40] ha afirmado la literatura nacional y la ha integrado a las corrientes latinoamericanas (Pacheco, 1954)

La segunda idea estableció la relación de que la literatura al nacer a finales del siglo XIX-principios del siglo XX y en la década de 1940, tuvo como principal estética la novela realista.

CAPÍTULO II

Entonces, se consideraba una auténtica literatura costarricense aquellas obras que mostraran las problemáticas sociales y políticas y, en este reflejo de la realidad, dieran cuenta de “la idiosincrasia” y “las tragedias de la patria” (Dobles, 1975; Charpentier, 1969 y Trovar, 1971). Como se explica más adelante, esta crítica valoró las descripciones de entornos familiares a través de personajes, lugares, tradiciones, acontecimientos y lenguajes que representaran los símbolos nacionales, o lo que la crítica entendía por esta concepción.

La tercera idea de esta noción de literatura costarricense partió de la creencia de que Costa Rica, reducida al Valle Central, era un país poco poblado, aislado y tranquilo que produjo escritores de esta talla. Es decir, los condicionamientos sociológicos (individualismo, unidad familiar y patriarcal, aislamiento, religiosidad y herencia española) y geográficos (país pequeño, sencillo, con una actividad concentrada en la meseta central) produjeron una literatura modesta en sus temas y técnicas porque carecía de un pasado cultural, era producto de una sociedad igualitaria sin conflictos y estaba influenciada por la herencia de la Historia y del Derecho que le habían transferido cualidades como la lógica, el laicismo y la mediocridad (Bonilla, 1957; Cañas y Catania, 1972; Anónimo, 23 de noviembre de 1973 y Chase, 1975).

Fotografía 1. Abelardo Bonilla Baldares

CAPÍTULO II



Fuente: ©Fototeca de la Universidad de Costa Rica, Colección Semanario Universidad, sin fecha, sin fotógrafo. Custodiado por el Archivo Universitario Rafael Obregón Loría. En la fotografía se observa de izquierda a derecha: al representante estudiantil Raben; al Doctor Salvador Aguado; a Abelardo Bonilla Baldares y a Carlos Monge Alfaro.

En este punto, debemos recordar que estos mitos se difundieron a través de obras como *Historia de Costa Rica* (1947) de Carlos Monge Alfaro y *Apuntes para una sociología costarricense* (1953) de Eugenio Rodríguez Vega, citadas por Bonilla. Para estos autores, el ser costarricense era la imagen del labriego sencillo, poco culto, apolítico y sin ambiciones intelectuales (Alvarenga, 2011). Se caracterizaba, por tanto, por el individualismo, el aislamiento en las zonas altas, la pobreza y la vida reposada de la democracia rural. Era, básicamente, la imagen de un campesino, con un horizonte restringido, que requería ser guiado o dirigido, por el Estado, la política o los intelectuales para desarrollarse como ciudadano.

Retomando los períodos históricos seleccionados por la crítica, observamos que estas temporalidades e ideales estéticos refirieron a un corpus específico de escritores: a finales del siglo XIX-principios del XX se exaltaron figuras como Echeverría, Magón y García; y de la década de 1940 a novelistas como Herrera, Fallas, Dobles y Gutiérrez. Del primer grupo, se valoró que sus textos narraban el mundo rural (el cafetal), en el que los sujetos (el campesino o el concho) se enfrentaban a la tragedia con humor o ironía y que, a pesar de la

CAPÍTULO II

opresión (del gamonal, patriarcado o religión) encontraban la costumbre de llevar una vida apacible (Fernández y Porras, 1979; Herrera, 1974; Pacheco, 1954). En este sentido, para la crítica este primer grupo de escritores sentó las bases de los elementos (temáticos, literarios y fonéticos) que se esperaban encontrar en las obras costarricenses de las siguientes generaciones; y, también, se comprendieron en el marco de una relación filial, en el que funcionaron como los padres fundadores de las obras nacionales y con quienes iniciaba nuestro patrimonio literario (Villalobos, 2010).

La premisa anterior la podemos observar en el siguiente fragmento de Cañas, para quien:

Durante muchos años se subrayó el hecho de que los grandes clásicos de nuestra literatura (Aquileo y Magón) eran dos humoristas. El humor es una de las tradiciones de nuestras letras, y de los dos grandes precursores en adelante, siguió permeando y manifestándose... Casi podría decirse que nuestra narrativa no se puso verdaderamente seria, sino a partir de “El Infierno Verde”, “Juan Varela” y “Mamita Yunai”. La vertiente humorística, sin embargo, no desaparece del todo, porque responde, primero, a una actitud nacional, y, luego, a una tradición literaria hispánica: la picaresca (Cañas, 1974).

Del segundo grupo, se valoró la continuidad con la tradición literaria (Echeverría, Magón y García) y la problemática sociopolítica inferida de las obras. Con respecto a la tradición literaria, se apreció en estos textos la existencia de personajes humildes como el campesino o el pobre de la urbe; espacios locales como las fincas, los bananales o las barriadas; y el lenguaje de habla popular, coloquial y sencillo (Bonilla, 1957; Anónimo, 1973 y Guier, 1969). Según observamos, en estas lecturas predominó la búsqueda de una estética referencialista (Ovares et al, 1993) que recreara el mundo de lo conocido (Meseta Central, San José, el Caribe, el pueblo, el barrio, la casa), la familia nacional-patriarcal y las expresiones idiomáticas que, en conjunto, representaran imágenes de identidad y evidencias de una obra *verdaderamente* costarricense.

Para Flores, a propósito del criollismo en la literatura centroamericana:

La pervivencia del relato nativista y rural es decir criollo, sobre lo netamente urbano en la narrativa novelística centroamericana, tiene su razón de ser en el hecho contundente de que, pese al pretencioso desarrollo de nuestras capitales en la región -y sobre todo a la aguda concentración urbana de la meseta central en Costa Rica- seguimos siendo sociedades agrarias y es de allí, fundamentalmente, de donde parecen nutrirse, con sus mejores elementos, la obra el artistas cuando adquiere rasgos de autenticidad, es decir de perdurabilidad (Flores, 1975).

CAPÍTULO II

La crítica destacó de este segundo grupo (Herrera, Fallas, Dobles y Gutiérrez), la presencia de historias trágicas en sus obras. Es decir, el aporte de estos textos a la literatura costarricense radicó en la capacidad de narrar el conflicto social con un tono de amargura y sufrimiento. De esta manera, observaremos que la importancia de *Juan Varela* de Herrera se explicó por mostrar a un campesino pobre y desamparado por el Estado (Salas, 1974), de *Marco Ramírez* de Fallas por retratar la miseria cotidiana de un niño campesino (Pacheco, 1972) y de *Puerto Limón* de Gutiérrez por revelar el dolor humano del litoral (Cardona, 1970). De alguna forma, estas lecturas vieron en sus personajes a un “Juan Pueblo”, cuya vida parecía estar siempre encauzada por el sufrimiento debido a las enfermedades, al prestamista, al gamonal, a la ley y a la compañía transnacional; y, por tanto, el camino de estos personajes era la abnegación y redención (Azofeifa, 1944) como modelos de sociedad. En ese sentido, podríamos apuntar según Xirau (1998), que este realismo se leyó desde la perspectiva de las encarnaciones de la tradición cristiana, en la que los personajes se compararon con Cristos que se encuentran en permanente padecimiento y agonía.

Uno de los escritores de esta generación, Herrera, explicó la diferencia entre ambas generaciones de esta forma:

Los personajes de los padres del realismo (1900), esos campesinos de García Monge, de Magón y Aquileo, viven en un escenario que por sus condiciones sociales es casi idílico. Son propietarios de “cercos” de café con sombra de plátano, potrero con “yurro” y vaca, nutrido gallinero y trojes casi nunca vacías. Llevan una vida patriarcal con vecinos iguales y compadres fraternos. Sus pesares son personales y no derivan de ningún problema social básico. La tierra está más o menos bien distribuida. En Magón y Aquileo hay por eso muchas risas, abunda la gracia y es campechano el buen humor. Pero hacia la década de los años treinta la tierra ya no es sólo paisaje sino problema. Su acaparamiento va borrando los “cercos” familiares de la Meseta Centras, y los pequeños y felices propietarios de Magón y Aquileo se vuelven jornaleros o emigran a tugurios en San José... El mundo estaba convulsionado... Europa limpiaba los escombros de la Primera Guerra Mundial. En el límite imperio de los zares ruso se establecía un nuevo régimen social... Acunándose apenas la República Alemana en la Constitución de Weimar, surgían Adolfo Hitler y el nacional-socialismo... El crac del año 29 derrumba imperios económicos en los Estados Unidos... Más tarde la entrañable España en llamas contagia su fuego... Todo lo ve y lo vive la generación de 1940. Contempla la fundación de tugurios en San José por los ex campesinos de Magón y Aquileo. Y no

CAPÍTULO II

se contenta con ver el panorama de un mundo convulso sino que toma bando (Herrera, 1974)

En esta imagen literaria del campesinado, que acentuó su vulnerabilidad e indefensión, encontramos que la crítica se dividió en dos puntos de vista. Por un lado, autores como Cañas y Pacheco consideraron que los escritores de la década de 1940 mantuvieron una continuidad con las obras de Magón, Aquileo y García porque sus personajes simbolizaron la ingenuidad del mundo rural y se tomaran las preocupaciones con humor (Cañas, 1974; Pacheco, 1968). Si bien, Cañas en su lectura de *El sitio de las abras* de Dobles reconoció que esta historia “sigue ocurriendo. La lucha entre el propietario pequeño, entre el colono sin más armas que su trabajo, y el individuo ávido y poderoso, es pan nuestro de cada día” (Cañas, 1971), por lo general, este punto de vista se centró más en el sentido del humor que en la conciencia social de las obras.

Una hipótesis que nos permite comprender esta posición es que recuperar a los escritores de la década de 1940 significaba también reconocer su militancia comunista. Visto desde esta perspectiva, su incorporación al canon podía sugerir la idea de que las izquierdas también formaban parte de la tradición literaria. Es por este motivo que, este sector de la crítica optó por despojar a las novelas de su potencial denuncia, lo que implicaba alejarlas de su contenido político para acercarlas más a un folclor inofensivo.

Estas discusiones literarias tuvieron lugar en un período, 1960-1970, distintivo por los conflictos agrarios. En Costa Rica, la modernización y la diversificación agrícola generaron luchas campesinas por el despojo de tierras, el agotamiento de las tierras y las restricciones crediticias (Villareal, 1992; Abarca, 1997 y Gutiérrez, 1991). Estos movimientos fueron apoyados por partidos políticos y sindicatos que tomaron al campesinado como base para la organización política (Cordero, 2011). En un país en el que la izquierda aún estaba ilegalizada y los discursos oficiales se pronunciaban a favor del anticomunismo, se puede plantear la idea de que el sujeto político de las obras, el campesino, se construyó sin una imagen combativa que alimentara estos conflictos (y su militancia) y, en su lugar, se optó por una interpretación que enfatizara una visión paternalista de los personajes.

Por otro lado, existió otro punto de vista en el que la crítica separó al campesinado de los relatos del siglo XIX del de la generación de 1940. Según estas valoraciones, entre ellas la de Fernández (1978), “el concho” de Aquileo y Magón acudió al humor para provocar la risa de sus lectores y alivianar sus problemas. A diferencia de este “concho bucólico”, la obra de Herrera presentó el “daño moral y material” que la sociedad le provocó a Juan Varela, por

CAPÍTULO II

lo que dejó de predominar la risa para dar lugar a la reflexión. Aunque se diferenció el tipo de personaje entre ambas generaciones, esta visión mantuvo la imagen de un sujeto atado a la tragedia sin el poder de revertir sus circunstancias.

¿Por qué fundar la ECR?

La creación de la ECR (1959) debemos comprenderla en relación con dos sucesos. Por un lado, una de las razones que explicó su existencia fue el hecho de que diversos diplomáticos, por su labor de representar a Costa Rica en otros países, solicitaron al Ministerio de Relaciones Exteriores información impresa sobre el país para difundir en el exterior. Esta tarea, sobrepasaba la capacidad de la Imprenta Nacional, por lo que Fernando Volio Jiménez, para estos años director de la oficina de asuntos políticos internacionales del Ministerio (1955-1956) y luego diputado por San José (1958-1962), convirtió la solicitud en un proyecto de ley.

Por otra parte, el segundo suceso que debemos contemplar es que en este período el Estado partidario del modelo de bienestar social implementó una serie de políticas culturales (Cuevas, 1996). A la vez que creó la ECR, fundó otras instituciones como los premios nacionales (1961), la Dirección General de Artes y Letras (1963) y el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes (1971) que cumplieron la función de patrocinar las artes con subvenciones, talleres, reconocimientos, giras, espacios de difusión o presentación, muchas veces asociados con la promoción de la cultura clásica (europea) y los valores de la idiosincrasia costarricense.

Con base en este contexto, sostenemos que la ECR formó parte de las instituciones que contribuyeron a crear un nuevo Estado, sobre todo durante el proceso de expansión de la economía y la administración pública, a manos del Partido Liberación Nacional (vencedor de la guerra). Después de 1948, cuando aún prevalecían las persecuciones ideológicas contra la oposición (por ejemplo, contra calderonistas y comunistas) y cuando aún se requería legitimar un orden social, argumentamos que al igual que se fundaron instituciones en el campo de los servicios públicos, la agricultura, la banca, la fiscalización, las elecciones, entre otras (instituciones autónomas, un tribunal (1949), una constitución (1949), una contraloría (1950), un código electoral (1952) y un servicio civil (1953)); también en la cultura se fundaron instancias para difundir los imaginarios nacionales y materializar su circulación en obras, en este caso, escritas.

CAPÍTULO II

Para destacar la relevancia de esta institución, podemos retomar las palabras del pintor Rafael Fernández Piedra quien, en una entrevista anónima en conmemoración de los catorce años de la editorial, expresó:

Nuestra cultura es generalmente “espontánea e improvisada” y no tiene raíces profundas que la alimenten desde nuestro pasado. La Editorial Costa Rica con envidiable visión, está solucionando este problema. Sus escogidos libros cumplen la importantísima labor de difundir y crear nuestra herencia cultural, divulgando por todo el país nuestra cultura, el ser y las ideas de nuestra historia y de nuestro pueblo, los valores auténticamente costarricenses (Anónimo, 1973)

En esta correspondencia del acontecer político con el cultural, la ECR cumplió la función de divulgar obras literarias y académicas al llegar a ser la única editorial pública en el país en su momento (Molina, 2011). Esto significaba que la institución asumió el costo total de la publicación, distribución y venta; publicitó sus obras en la prensa, la televisión y revistas culturales; y contó con un boletín literario, club de amigos y lectores y su propia revista (*Pórtico*). Tuvo, además, tres categorías para premiar las obras: Premio Editorial Costa Rica (por género), Premio Carmen Lyra (en literatura infantil) y Premio Joven Creación (en conjunto con la Asociación de Autores de Obras Literarias, Artísticas y Científicas).

De acuerdo con el historiador Molina, su mayor crecimiento en la producción de libros se alcanzó durante sus primeros años hasta 1968. A partir de entonces, realizó alianzas con el Ministerio de Educación Pública y la Universidad de Costa Rica para dar salida a los tirajes. No obstante el protagonismo alcanzado durante las décadas de 1960-1970, su capital simbólico empezó a mermar por la incapacidad de atender la demanda del sistema educativo, de responder a las solicitudes de las autorías y de reponerse a la crisis económica de 1980, un panorama que terminó por favorecer la proliferación de editoriales privadas y su papel dinamizador en el mercado del libro (Molina, 2021).

Fotografía 2. Consejo directivo de la ECR, 1970

CAPÍTULO II



Fuente: Editorial Costa Rica. Consejo Directivo de la ECR, década de 1970. De acuerdo con las actas de la Editorial formaron parte del Consejo Directivo a lo largo de este año: Alberto Cañas Escalante, Carlos José Gutiérrez, Carlos Meléndez, Claudia Cascante, Constantino Láscaris, José León Sánchez, Juan Amighetti, Julieta Pinto, Laureano Albán, Marco Tulio Zeledón, Mario León, Quince Duncan, Rafael Ángel Fernández Piedra, Rafael L. Rodríguez, Rodrigo Quirós, Víctor Manuel Arroyo. Archivo Nacional. Fondo: Editorial Costa Rica. Acta 3, 15 de noviembre de 1968-29 de julio de 1970.

¿Cuáles eran los límites de la literatura costarricense y de la institucionalidad literaria?

La gran paradoja de la crítica literaria era que el realismo, base de los imaginarios nacionales, tenía representantes con filiación comunista. Para entender esta particularidad, debemos recordar que, a lo largo de la década de 1940 y sobre todo concluida la guerra de 1948, en Costa Rica se llevaron a cabo medidas anticomunistas por parte del gobierno como la persecución, el encarcelamiento, el asesinato y la proscripción en los meses inmediatos a la guerra; y se instaló un ambiente de miedo, tensión y desprestigio hacia la ideología comunista en las décadas posteriores (Muñoz, 2008-2009; Solís, 2011; Gamboa, 2013).

Esta polarización explicó por qué la prensa cuestionó la publicación de escritores comunistas por parte de la ECR y la posible constitución de sus miembros. Así, por ejemplo, se polemizó la inserción de dirigentes comunistas en la editorial como Fallas (Anónimo, 2 de febrero de 1960, 6; Anónimo, 2 de febrero de 1960, 25); la necesidad de otros escritores que compensaran este peligro (Arias, 1960) y la edición de obras como *A ras del suelo* de

CAPÍTULO II

Luisa González que podría envalentonar, a través de los encargos de libros, a un partido antidemocrático (Liga Cívica de Mujeres Costarricenses, 1972).

En respuesta a estas declaraciones, el Consejo Directivo de la ECR justificó estas elecciones con base en la legitimidad ganada por estos escritores en otras instancias y por la presencia de ideologías neutralizadoras en la institución. Es por esto que, para explicar la publicación de *A ras del suelo*, destacó que anteriormente había sido publicada por otra empresa, había recibido la aprobación previa de la crítica y había obtenido el Premio Nacional Aquileo Echeverría (Consejo Directivo, 1972). Asimismo, para demostrar la contención comunista en la editorial, recalcó la asistencia de escritores “anticomunistas” (como Hernán Peralta y Marco Tulio Zeledón) y “equilibrados” (Alberto Cañas y Guillermo Padilla) que ponían a raya cualquier filtración en los comités de selección de las obras (Arias, 1960).

Con respecto a Fallas, en sus primeros años, la editorial tuvo una posición moderada. Este escritor, que formó parte del Partido Comunista desde su fundación, participó en la huelga bananera de 1934, dirigió las milicias del Partido Vanguardia Popular contra el Ejército de Liberación Nacional en la guerra de 1948 y fue encarcelado (Molina, 2011), entre otros, generó diferentes reacciones sobre la publicación de su obra. Una vez fallecido el escritor, y después de debatir si emitir o no un mensaje de condolencias, la editorial optó por la publicación de *Mi Madrina y Tres Cuentos*, porque se consideraba que *Mamita Yunai* era una obra financiada por el Partido Comunista (Acta 1, 13 de mayo de 1966 y 4 de noviembre de 1966). También existía el temor de que la juventud al leer estas obras, admiraran a sus autores y fueran seducidos por el comunismo (Cascante, 1958). Sería hasta 1987 que la obra de Fallas se declaró patrimonio editorial bajo la presidencia de Chase en el Consejo Directivo y el acercamiento de la institución a los mercados socialistas (Acta 22, 7 de diciembre de 1987).

Con base en estas evidencias, sostenemos que la editorial y el mismo concepto de literatura costarricense fueron un terreno de disputa ideológica entre el comunismo y la socialdemocracia de centro-derecha, según la afinidad de los críticos y los directivos. El concepto y la institución no sólo tenían a su cargo la tradición literaria (sus escritores, sus obras, sus características, sus nuevos exponentes), sino que a la vez cargaban con el peso de enlazar esta tradición con el discurso nacionalista. Los conflictos por definir quién era escritor y cuáles obras entraban en esta tradición también se apreció en la forma en que la crítica describió en sus estudios a la generación del 40. Bonilla (1984), por ejemplo, destacó

CAPÍTULO II

a estos escritores sólo por su estilo literario (narración, nuevos espacios geográficos y grupos marginales); mientras que Chase (1975) y Valldeperas (1991) reconocieron la influencia de su militancia en sus temas. Entonces, era como si se tuviera que esclarecer qué tan ascética en términos político-ideológicos era la literatura costarricense y hasta dónde se reconocería el pasado militante de sus escritores.

De igual manera, podemos plantear que la publicación de estas obras con sello de la editorial se explicó por la inclusión en los programas educativos y las lecturas oficializadas de la prensa. En alusión a la primera idea, por ejemplo, los textos de Fallas (*Gentes y gentecillas*, *Mamita Yunai* y *Marcos Ramírez*), Lyra (*En una silla de ruedas*), González (*A ras del suelo*) y Gutiérrez (*Murámonos*, *Federico*) conformaron la lista de prioridades de 1987 en novela por su venta asegurada (Acta 24, 28 de setiembre de 1987), al ser obras de lectura obligatoria en la educación pública.

En relación con la segunda idea, un sector de la prensa leyó a estos autores dentro del canon de la literatura realista. Eran, por tanto, escritores de la angustia social que plasmaron en sus textos la realidad y la idiosincrasia costarricenses. En ese sentido las novelas de Dobles, Gutiérrez y Fallas se consideraron las versiones costarricenses de *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, *Huasipungo* de Jorge Icaza, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y *Don Segundo Sombra* de Ricargo Güirales (B.O.A, 1954; Carrera, 1975), posiblemente al encontrar paralelismos con la fragilidad del indígena o el campesinado, su ladinización, las amenazas de la modernidad, el uso de los lenguajes populares y la descripción de la ruralidad que hacían estas novelas latinoamericanas (Prieto, 2006; Alonso, 2006).

La resolución de estos conflictos estéticos y políticos podríamos apreciarla en la Colección del XXV Aniversario de la ECR en 1985. En esta publicación, a cargo de Víctor Julio Peralta, se buscó un conjunto de novelas que sintetizaran la literatura costarricense de 1903-1983. En la compilación estuvo presente el costumbrismo (con García y Magón), el realismo (con Jenaro Cardona Valverde, Carmen Lyra y Max Jiménez Huete), el modernismo (con Roberto Brenes Mesén) y la vanguardia (con José Marín Cañas y Yolanda Oreamuno Unger). Y también, tuvo escritores asociados con la izquierda (Herrera, Dobles, Fallas, González y Gutiérrez) y con las instituciones culturales del PLN (Carmen Naranjo Coto, Julieta Pinto González, Cañas y Samuel Rovinsky Gruszco) (Editorial Costa Rica, febrero-marzo de 1984). Bajo esta perspectiva, tuvo la aspiración de incluir, con diferentes grados, la pluralidad de corrientes literarias y de afiliaciones políticas de sus creadores.

Fotografía 3. Escritores y escritora costarricenses, 1988



Fuente: ©Fototeca de la Universidad de Costa Rica, Colección Semanario Universidad, 30 de mayo de 1988, Elda Blanco Aragón. Custodiado por el Archivo Universitario Rafael Obregón Loría. En la fotografía, de izquierda a derecha: Joaquín Gutiérrez, Carmen Naranjo, Fabián Dobles e Isaac Felipe Azofeifa, premios nacionales.

La influencia de la institucionalidad para definir gustos estéticos y la concentración de publicaciones en determinadas autorías se empezó a cuestionar, principalmente, a mediados de la década de 1970 con grupos de poetas emergentes como Oruga (1976) y Grupo Sin Nombre (1976)¹. Sobre todo, Oruga expresó una posición crítica con respecto a la institucionalidad cultural, como la ECR, en la que se pronunciaron contra el acaparamiento del poder en pocas manos y la influencia del PLN en los nombramientos (Entrevista con una integrante de Oruga, 31 de agosto del 2015). Es por este motivo, e inspirados en la consigna del intelectual comprometido, crearon sus propios medios de difusión (revistas o folletines),

¹ El grupo Oruga estuvo integrado por: Rodolfo Dada, Magda Zavala, Diana Ávila, Patricia Howell y Mario Castrillo. Y el Grupo Sin Nombre: Alfonso Chase, Habib Succar, Víctor Hugo Fernández, Gerardo Morales, Carlos María Jiménez, Fernando Castro y Dennis Mesén.

CAPÍTULO II

encuentro con el público (parques, cafeterías-bar, fábricas), inclusión de sectores populares y exploración de estéticas.

La década de 1980 también mostraría un cambio significativo en la concepción de literatura y en la hegemonía de la ECR. Novelistas emergentes, como Carlos Cortés Zúñiga, Rodrigo Soto, Rafael Ángel Herra Rodríguez y Anacristina Rossi Lara, se desmarcaron de los temas políticos y, en su lugar, crearon obras vinculadas con el erotismo femenino, el conflicto filosófico-existencial y las búsquedas metafísicas (Cortés, 2010) frente al descrédito de las utopías, los proyectos nacionalistas y los discursos homogeneizadores. De igual manera, la crisis económica de 1980 y, específicamente de 1987 en la ECR, provocó un decrecimiento en las ventas y una falta de liquidez para el pago de derechos de autor (Acta 23, 2 de febrero de 1987). Entre otras razones (retraso en las publicaciones o poco alcance), este contexto impulsó que los escritores optaran por otras casas editoriales, cuyos canales de distribución fueran más allá de las fronteras nacionales como Centroamérica, México y España.

Conclusión

En las décadas de 1950-1980, la crítica sobre todo proveniente de la prensa enlazó el concepto de literatura costarricense con el de literatura nacional. Se consideraron obras nacionales aquellas ubicadas a finales del siglo XIX-principios del XX y que tuvieran como corriente literaria el costumbrismo o el realismo. Predominaba la creencia de que las obras clásicas eran aquellas que daban cuenta de la realidad, casi a modo de documento; se originaban al calor de grandes sucesos históricos (reformas, legislaciones, espacios intelectuales, auges económicos); y conservaban una relación con las generaciones antecesoras, consideradas como la tradición literaria.

Las lecturas que en las décadas de 1960-1970, principalmente, se hacía de las obras de fines de siglo XIX y de la década de 1940, recuperaron de estos textos imaginarios del ser nacional. En los personajes o en las tramas se valoraron las descripciones de espacios locales (urbe, aldea, finca, litoral), el origen humilde (principalmente campesino, trabajador, obediente), las costumbres (fiestas, rezos, cogidas de café), el lenguaje popular y las historias trágicas (enfermedades, expropiaciones, encarcelamientos, relaciones de poder, pobreza). Estas características fueron las que permitieron identificar la autenticidad de la obra y su

CAPÍTULO II

relevancia en el patrimonio nacional, pues al fin de cuentas, al leerlas como reflejo de la sociedad, creaban prototipos y comportamientos esperados de sus personajes-ciudadanos.

El ser costarricense era, por tanto, el campesino inserto en unas condiciones de vida adversas. De esta figura, se puso el acento en la capacidad para soportar el sufrimiento sin que esto implicara una rebelión contra la opresión que lo colocaba en estas circunstancias. Una idea-literaria conveniente de empatar con la idea-política de sujetos abnegados, ya que, en la escena nacional, el Estado se enfrentaba a los movimientos campesinos y a la participación comunista en ellos. Entonces, el campo literario se convirtió en uno de los espacios para disputar este sujeto, construirlo y privarlo de sus cualidades combativas.

Las disputas sobre la representación del comunismo en la literatura costarricense, de igual forma, se presentaron en la ECR. En la única editorial pública del país para entonces, a la prensa le preocupaba la publicación de obras (producción cultural), publicidad (patrocinio) e incorporación de escritores (dirigencia) con un pasado comunista que, a su manera de entender, desprestigiara el patrimonio literario, promoviera la propagación de la ideología e incentivara la rebeldía en sus lectores. Finalmente, la publicación de estas autorías nos recordó que para incorporación en este campo también jugaron otros valores literarios como la inclusión en los programas de lectura obligatoria, la edición por otras instancias, la obtención de premios, la llegada de nuevos directivos y el fallecimiento de los mismos escritores, que garantizaran la aceptación por otros medios y erradicaran cualquier posible amenaza.

CAPÍTULO II

Bibliografía

Abarca, Carlos. (1997). Los movimientos sociales en el desarrollo reciente de Costa Rica. *Nuestra Historia*, 18.

Alonso, Carlos. (2006). La novela criolla. Por R. González y E. Pupo. (Eds.). *Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XX. Tomo II*. Editorial Gredos.

Alvarenga, Patricia. (2011). Las diversas entonaciones de una sola voz. Historia, ciudadanía y nación en Carlos Monge Alfaro. *Letras*, 50.

Anónimo. (1957, 9 de noviembre). Literatura costarricense. *La Nación*, 6.

Anónimo. (1960, 2 de febrero). Dirigentes comunistas en la Editorial del Estado. *La Nación*, 6.

Anónimo. (1960, 2 de febrero). Penetración comunista en Editorial Nacional. *La Nación*, 25.

Anónimo. (1973, 11 de junio). Una conquista del ser costarricense. *La Nación*, 81.

Anónimo. (1973, 16 de noviembre). La novela es subyugante. *La Nación*, 4A.

Anónimo. (1973, 23 de noviembre). Novelas, novelitas y comentarios. *La Hora*, 4.

Archivo Nacional. Fondo: Editorial Costa Rica. Acta 1, 13 de mayo de 1966.

Archivo Nacional. Fondo: Editorial Costa Rica. Acta 1, 4 de noviembre de 1966.

Archivo Nacional. Fondo: Editorial Costa Rica. Acta 22, 7 de diciembre de 1987.

Archivo Nacional. Fondo: Editorial Costa Rica. Acta 23, 2 de febrero de 1987.

Archivo Nacional. Fondo: Editorial Costa Rica. Acta 24, 28 de setiembre de 1987.

Arias Gómez, Hernando. (1960, 3 de febrero). No nos deben asaltar temores sobre la Asociación de Autores. *Diario de Costa Rica*, 14.

Azofeifa, Isaac. (1944, enero). Signo y ventura de la novela costarricense. En torno a aguas turbias de Fabián Dobles. *Surco*, año. 4, no.43.

B.O.A. (1954, 11 de febrero). Fabián Dobles en la novela costarricense. *La Nación*, 4.

Bonilla, Abelardo. (1957). *Historia de la literatura costarricense*. STVDIVM.

Bonilla, Abelardo. (1984). *Historia de la literatura costarricense*. STVDIVM.

Cañas, Alberto (1971, 2 de mayo). Chisporroteos. *La República*, 8.

Cañas, Alberto y Catania, Carlos. (1972, noviembre-diciembre). Entrevista sobre narrativa costarricense. *Tertulia*, No.4.

CAPÍTULO II

- Cañas, Alberto. (1974, 10 de febrero). Chisporroteos. *La República*, 10.
- Cardona, Alfredo. (1970, 8 de marzo). Puerto Limón de Joaquín Gutiérrez. *La Nación*.
- Carilla, Emilio. (1975). *El romanticismo en la América Hispánica*. Tomo II. Editorial Gredos.
- Carrera, Roberto. (1975, 18 de abril). Mamita Yunai. *La Nación*, 14B.
- Cascante de Rojas, Claudia. (1958, 18 de noviembre). Ante el peligro de rendirle pleitesía a la literatura comunista en las aulas de nuevos colegios. *La Nación*, 51.
- Charpentier, Jorge. (1969, 6 de setiembre). La novela costarricense. *La Nación*, 29.
- Chase, Alfonso. (1975). *Narrativa contemporánea de Costa Rica*. MCJD.
- Consejo Directivo. (1972, 7 de octubre de 1972). La Editorial frente a la nueva cacería de brujas. *La Prensa Libre*, 40.
- Cordero, Allen. (2011). *Los movimientos campesinos costarricenses vistos a través de tres casos de asentamientos IDA*. FLACSO.
- Cortes, Carlos. (2010). *La gran novela perdida: historia personal de la narrativa costarricense*. Uruk Editores.
- Cuevas, Rafael. (1996). *El punto sobre la i. Políticas culturales en Costa Rica (1948-1990)*. MCJD.
- Dobles, Fabián. (1975, setiembre). Consideraciones sobre literatura. *Brecha*, Vol. 2, N.1.
- Editorial Costa Rica. (1984, febrero-marzo). Colección XXV Aniversario. *Boletín Literario*, No.11.
- Entrevista con una integrante de Oruga, 31 de agosto del 2015.
- Fallas, Carlos Luis. (1956, 24 de abril). Editorial Costa Rica. *La Nación*, 37.
- Fernández, Guido. (1960, 4 de febrero). ¿Penetración comunista?. *Diario de Costa Rica*, 4.
- Fernández, Mario y Porras, Álvaro. (1979). *Textos de lecturas y comentarios. Para séptimo año. Literatura costarricense, hispanoamericana y española*. Editorial Fernández Arce.
- Flores, Mario. (1975, 14 de noviembre). El criollismo de nuestra literatura. *Excelsior*, Tercera Sección, 3.
- Gamboa, Manuel. (2013). El anticomunismo en Costa Rica y su uso como herramienta política antes y después de la Guerra Civil de 1948. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, no.39.
- Guier, Jorge. (1969, 4 de mayo). Tres novelas ejemplares. *La Nación*, 15.

CAPÍTULO II

Gutiérrez, Nelson. (1991). La estructura agraria costarricense en la década de los 70. *Ciencias Sociales*, 51-52.

Herrera, Adolfo. (1974, 16 de marzo). La generación de 1940. *La Nación*, 3B.

Herrera, Adolfo. (1974, 3 de marzo). El realismo: una carta de Magón, *La Nación*, 3B.

Liga Cívica de Mujeres Costarricenses. (1972, 3 de octubre). La Editorial Costa Rica y protección al socialismo. *Prensa Libre*, 7.

Lobo, Fernández. (1978). *Textos de lectura y comentarios para undécimo año. Literatura costarricense, hispanoamericana y española*. Desde el Romanticismo hasta nuestros días. Editorial Fernández Arce.

Molina, Iván. (2011). Carlos Luis Fallas: difusión, comercialización y estudio de sus obras. Una contribución documental. *Revista de Ciencias Sociales*, No. 133-134.

Molina, Iván. (2021). De las imprentas a las editoriales. El caso de Costa Rica (1906-1989). *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, 22 (2), <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/dialogos/article/view/45605>

Muñoz, Mercedes. (agosto 2008-febrero 2009). Democracia y Guerra Fría en Costa Rica: el anticomunismo en las campañas electorales de los años 1962 y 1966. *Diálogos* 9, No.2.

Ovares, Flora; Rojas, Margarita; Santander, Carlos y Carballo, María Elena. (1993). *La casa paterna: escritura y nación en Costa Rica*. Editorial UCR.

Pacheco, León. (1954). El costarricense en la literatura nacional. *Revista de la Universidad de Costa Rica*. No.10.

Pacheco, León. (1968, 22 de julio). Novelas y novelitas costarricenses. *La Nación*, 15.

Pacheco, León. (1972, 14 de marzo). Marco Ramírez. *La República*, 13.

Prieto, René. (2006). La literatura indigenista. Por R. González y E. Pupo. (Eds.). *Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XX. Tomo II*. Editorial Gredos.

Salas, Addy. (1974, 25 de abril). Juan Varela. *La República*, 13.

Solís, Manuel. (2011). La violencia política de los años cuarenta y su lugar en el imaginario nacional. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, no.37.

Trovar, Enrique. (1971, 13 de junio). Los buenos escritores no se producen en serie como los malos políticos". *La República*, 9.

Ugas, Gbriel. (2007). *La educada ignorancia: un modo de ser del pensamiento*. Tapeacs.

Valldeperas, Jorge. (1991). *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense*. ECR.

Villalobos, Carlos. (2010). *De la invención al inventario: desarrollo de los estudios literarios en Centroamérica (1990-2002)*. Tesis de Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes en América Central, Universidad Nacional.

CAPÍTULO II

Villareal, Beatriz. (1992). *Precarismo, campesinado y democracia*. FLACSO.

Xirau, Ramón. (1998). Crisis del realismo. Por C. Fernández (Coord.). *América Latina en su literatura*. Siglo XXI.